

Sin que mueras, ¿por qué quieres
 Por redimirnos morir?
 Pues salvarnos sin venir
 Desde tu trono podiste,
 Dí, Señor, ¿cómo veniste?

—Perdiste tanto en perderte
 Por la culpa cometida,
 Que no muriera tu muerte
 Si no muriera mi vida;
 La causa de mi venida,
 En que el remedio consiste,
 Es morir, pues no muriste.

—Hombre Dios, sin hombre padre,
 Luz de luz, Verbo engendrado,
 Dios que de humana madre
 Procediste humanado,
 Por ti sea trasladado
 El hombre que redemiste,
 Al Cielo de do veniste.

Lo que fuiste siempre siendo,
 Lo que no era tomaste,
 De mujer virgen naciendo,
 Hombre Dios siempre quedaste;
 Nuestra vida reparaste,
 Nuestra muerte destruiste,
 ¡Gloria á ti, que tal hiciste!

¿Quién te trajo, Rey, sino
 La eternal sabiduría?
 La noche antes que partió,
 Esta señal nos dejó
 Del amor que nos tenia.

FRAY HERNANDO DE TALAVERA

PRIMER ARZOBISPO DE GRANADA.

Obra docta y devota sobre la salutación angélica (atribuida á Fr. Hernando de Talavera) (1).

Invocación á la Virgen.

¡Oh suma de nuestros bienes
 Y de todos nuestros males
 Fin y quito!
 ¡Oh Virgen, que, virgen, tienes
 Apretado ya en pañales
 A tu Hijo, Dios chiquito!
 ¡Oh nuestra torre más alta,
 Donde la gracia y verdad
 Nunca mengua!
 Pues sabeis cuánto me falta,
 Vos, Señora, me la dad,
 Con que os alabe mi lengua.

(1) Fúndase esta atribución en el testimonio de Fr. Juan de Pineda en su *Agricultura Cristiana* (2.^a parte, diálogo trigésimo primo.—Salamanca, 1589).

Ave.

¡Oh desculpa original,
 Donde la gracia se estrena!
 Dios te salve;
 Pues te hizo toda tal,
 Tan del todo toda buena,
 Que ningún mal no te malve.
 Dios te salve; de dolor
 Nunca cubra el rostro tuyo
 Triste velo;
 El divino resplandor
 A ti hizo centro suyo
 Para mirar dende el cielo.

Maria.

¡Oh mar amarga, salada,
 Cuya sal saló la carne
 Corrompida,
 Cuya mirra aheleada
 No sufre que se descarne
 La carne convalescida!
 ¡Oh mar, nunca peligrosa
 Sino á quien no se te acerca,
 De cobarde!
 ¡Oh medicina famosa,
 La salud del que te merca
 No puede ser que se tarde!

Gratia.

Que tus gracias y donaires
 Sanan la rabia muy fiera

Del pecado,
 Con aquellos frescos aires
 Que corren por tu ribera
 Y reposan en tu vado.
 Lustre de las gracias todas
 Es el sonido jocundo
 De tu voz,
 Que contrajo tales bodas,
 Que te dan lugar segundo
 En el palacio de Dios.

Plena.

Donde pariste sin pena,
 Sin dolor y sin presura,
 Mal ni daño;
 Porque fuiste, Virgen, llena,
 Recibiéndolo natura
 Por injuria y por engaño;
 Llena de la inmensidad
 De aquel Dios inmensurable,
 Dios de Dios;
 Llena de sonoridad
 Del Verbo eterno inefable,
 De quien fué san Juan la voz.

Dominus.

Aquel Señor que David
 Ser su Señor confesó,
 No de sí;
 Por el cual venció la lid,
 Por el cual solo reinó,
 Por él solo, y no por sí;
 Señor que hace escoria

Los consejos de las gentes
 Cuando exceden;
 Aquel gran Rey de la gloria,
 Contra quien los más potentes
 Menos pudieron y pueden.

Tecum.

Porque solo amor le doma,
 Con esta dulce porfía
 Llama á tí:
 Vén ya, vén, la mi paloma;
 Vén ya, vén, amiga mía;
 Vén ya, vén, hermana, á mí;
 Vén ya, vén, fuente sellada;
 Vén ya, vén, huerta ceñida;
 Vén ya, vén;
 Vén ya, vén, Virgen preñada;
 Vén ya, vén, Virgen parida,
 Reina de Hierusalem.

Benedicta.

Siempre bendita del Padre,
 Siempre del divino Amor
 Muy querida;
 Del Hijo para su Madre
 Por la mayor y mejor
 Ab aeterno prevenida;
 Todas las generaciones
 Siempre bienaventurada
 Te dirán;
 Que de los divinos dones
 Ni sube ni sobra nada
 Sobre á los que á ti se dan.

Tu.

Tú la fuerza y la virtud,
 Tú la virtud y la gracia
 De la ley;
 Tú la vida y la salud,
 Tú la sala do se espacia
 La gran majestad del Rey;
 Tú le tienes, tú le das
 A quien quieres y te place,
 Sin cohecho.
 Pues ¿qué quieres, Virgen, más,
 Que quien servicio te hace,
 A Dios piensa que le ha hecho?

In mulieribus.

¡Oh gloria de las mujeres!
 Ya por tí el Cerbero triste
 No les ladre;
 Porque tú la Virgen eres,
 Virgen después que pariste
 Hombre y Dios, tu Hijo y Padre.
 ¡Oh mujer toda perfeta!
 ¿Cómo abarcará mi voz
 Tu renombre?
 Que es verdad, aunque secreta,
 Que heciste al hombre Dios,
 Y á Dios heciste hombre.

Et benedictus.

Glorificado y bendito,
 Alabado y ensalzado

Siempre sea
 Nuestro gran Ser infinito,
 De tus manos abarcado,
 Vestido de tu librea.
 El cielo y toda su corte
 Gracias y gloria le dén
 Sin medida
 A este divino norte,
 En el cual solo se ven
 Las horas de nuestra vida.

Ventris.

¡Oh tierra nunca maldita,
 Vientre bienaventurado
 De María!
 Por quien tanto mal se quita,
 Por quien tanto bien se ha dado
 A quien tanto mal tenía.
 Vos sois vientre consagrado,
 La tierra de promisión
 De Israel,
 La que mana de su grado
 Por divina bendición
 Blanca leche y dulce miel.

Tui.

¡Oh Virgen! tuya es la caja
 Donde Dios dobló los velos
 De su rima:
 El licor de tu almarraja
 Llenos tiene ya los cielos,
 Y aun rebosa por encima.
 Secretos del vientre tuyo,

Al serafin que más sabe
 Más se encubren;
 Que dél hizo nido suyo,
 Del corto manto que cabe,
 A quien mil mundos no cubren.

Jesus.

Toda carne y corazón
 El sacro sacre Jesu
 Desdeñó;
 Mas tu limpia Concepción
 Al primero Huco Hu
 Por las pihuelas le asió.
 Con gran gana se abatió,
 Y se asentó sin pereza
 En tu humildad;
 Porque le engolosinó
 El cebo de tu pureza
 Con olor de suavidad.

Sancta.

Santa nunca mancillada;
 Porque dende aquella luz
 De eterno día
 Fuiste pieza señalada
 Para ser rico capuz,
 De que Dios se vestiría;
 El cual se vistió de tí
 (Todas las naturas hartas
 De socorros),
 Con aquel tu carmesí,
 Al cual las divinas mártas
 Se juntaron por aforros.

Maria.

¡Oh mar por do navegó,
 Hecho Dios mercadería,
 Y el amor,
 Mercader que le trocó,
 Dejándote, cual solía,
 Por un hombre sin favor!
 ¡Oh mar por donde navegan
 Los que quieren ir al cielo!
 Van sin guerra.
 ¡Oh mar do todos se anegan
 Los que toman por consuelo
 Desembarcar en la tierra!

Mater.

¡Oh árbol, delante quien
 La fruta más sana y buena
 Causa tos!
 No demandes ya más bien,
 Pues todos á boca llena
 Te llaman Madre de Dios;
 Y aun cantan lo que mereces
 Las estrellas que llamamos
 Matutinas;
 Nuestras tierras enloqueces
 Con las flores de tus ramos,
 Que llevan frutas divinas.

Dei.

El que en todo Dios se espacia,
 Y es la inmensidad del Padre

Su escondrijo,
 Te pide, Virgen de gracia,
 Que te plega ser su Madre,
 Que él desea ser tu Hijo.
 ¡Oh princesa soberana!
 ¿No basta que tal riqueza
 Se te entregue,
 Sino que con tanta gana
 Aquella divina Alteza
 Te lo mande y te lo ruegue?

Ora.

Ruégale, pues te rogó,
 Y es tu Hijo, y tanto privas
 Ya con él;
 Nuestras almas, que formó,
 Queden sanas, queden vivas;
 Después de juzgadas dél,
 No prosiga la sentencia
 Por el rigor de justicia,
 Mas pregone
 Misericordia y clemencia
 Antes que nuestra malicia
 Su braveza más encone.

Pro nobis.

Por nosotros, que ya estamos
 Ahogados en dulzores
 De pecados;
 Por nosotros imploramos
 No nos dejen tus favores
 Al mejor tiempo olvidados;
 Por nosotros, que no vemos,

Porque con graves delitos
Nos cegamos,
Que las sillas heredemos
De los ángeles malditos,
De que no se contentaron.

Peccatoribus

Esclavos de mil pecados
Nos dejó hechos Adán
En sus lomos;
Mas ya, por ti libertados,
Del Rey á su mesa y pan
Mantenidos, Virgen, somos;
Esclavos de nuestras obras,
En que ya nos reveemos,
Siempre malas,
Si tú, Virgen, no nos cobras
Gracia para que volemos
So la sombra de tus alas.

Amen.

Di, Virgen, amen, amen;
Y pues tanto nos amaste,
No nos dejes;
Pues que nuestro sumo bien
Contigo nos le acercaste,
Nunca ya te nos alejes.
¡Oh tregua de nuestra paz!
Manda luego apaciguar
Mis temores;
Vaya yo donde tú estás,
Do mejor pueda cantar,
Amen, amen, tus loores.

FRAY IÑIGO DE MENDOZA

**Coplas que yzo, doze en vituperio de las
malas hembras que no pueden las tales
ser dichas mujeres, é doze en loor de las
buenas mujeres que mucho triumpho
de honor merccen.**

En este mundo disforme
Do la virtud y bondad
Son habidas por baldon,
Cuando quier que no conforme
La muy crecida beldad
Con lo que quiere razon,
Es una red barredera
Que cuanto toma delante
Todo lo prende y cautiva,
Es una cosa muy fiera,
Es una fuerza gigante
Que todo el mundo derriba.

Es un arco muy sañudo
Que cuando quiera que tira
Con su sangriento omecillo,
Si Dios no está por escudo,
Dos muertes lleva en su bira
Revueltas en el tasquillo:
La gran pena desigual
Que sufren los amadores